

DEL POLIAMOR Y OTROS DEMONIOS

ANGIE LORENA ALDANA LAITÓN

Universidad Nacional de Colombia

alaldanal@unal.edu.co

Artículo de reflexión recibido: 5 de marzo de 2018. Aprobado: 6 de julio 2018.

“Que los cambios culturales impulsados por las feministas sean también funcionales a nuevos nichos de mercado es una de las contradicciones con las que tenemos que convivir”

Alabao. 2017.

INTRODUCCIÓN

El poliamor se ha planteado como una alternativa a los modelos hegemónicos de relacionamiento que encuentran su soporte en una lógica de posesividad, exclusividad, fidelidad, heteronormatividad y otros supuestos de la monogamia. Por ello se considera revolucionario en tanto logra desafiar el componente primario de la familia nuclear, tal y como la conocemos hoy en día, y por eso mismo, algunas lógicas del capitalismo y el patriarcado a las que haré referencia más adelante. Sin embargo, sus alcances han sido diversos y, así como logra fortalecerse como una crítica sólida, también corre el peligro de ser funcional a las dinámicas neoliberales de la sociedad actual. Partiendo de esto, a lo largo de este escrito analizaré el poliamor¹ (como lo he llegado a conocer desde mi experiencia) en tanto práctica que construye sujetos determinados, guiándome por la pregunta ¿qué tipo de experiencias posibilita esta práctica y cuáles son sus efectos sobre los sujetos?

Este enfoque sobre la subjetivación y su relación con el tipo de gobierno que se ejerce actualmente sobre las relaciones con nosotros mismos, con

1 Cabe anotar que el poliamor puede entenderse como una propuesta ética, política y estética muy diversa, y que pretende mantenerse lejos del juego de las prescripciones, por lo que no es mi propósito abordarlo con una pretensión universalista o totalizadora.

los otros, y con el mundo, está guiado ante todo por un interés político. Lo anterior, no porque considere pertinente evaluar la efectividad del poliamor en tanto lucha contra esquemas hegemónicos, sino, ante todo, porque como feminista he llegado a politizar cada uno de los aspectos de mi vida, incluyendo el que se refiere a mi manera de relacionarme con los demás. En este sentido, pretendo dotar al escrito no de un toque evaluativo, sino más bien, de un carácter reflexivo sobre lo que para mí ha implicado la práctica y sobre los horizontes que se dibujan desde los tejidos colectivos que se entretajan desde el *collective* Poliamor Bogotá.

Sobre la consolidación del poliamor en Colombia y, de manera más específica, del poliamor en Bogotá, hay que decir que es incierto el momento en que empieza a crearse cierta identificación y, con esto, a nombrarse este tipo de orientación relacional. Sin embargo, cabe mencionar la existencia del grupo que se conoce actualmente con el nombre de Relaciones Abiertas Conscientes Bogotá, quienes realizaron reuniones informales, de alrededor de quince personas, durante casi cinco años desde el 2005, las cuales fueron suspendidas por diferencias personales entre los participantes.

El *collective* Poliamor Bogotá surgió como una iniciativa independiente, en diciembre de 2016, y realizó su primer evento en enero de 2017. Desde entonces ha organizado talleres periódicos sobre diferentes aspectos de las relaciones poliamorosas (14 talleres a julio de 2018). Este *collective* cuenta con un equipo conformado por diez voluntarias y voluntarios regulares, quienes se ocupan de la organización y dirección de los diferentes talleres.

METODOLOGÍA

Mi indagación sobre el poliamor no nació en primer momento como una inquietud investigativa, sino que, más bien, las preguntas fueron surgiendo a medida que se hizo más estrecha mi relación con la práctica. Me interesa recoger en este texto algunos de los acercamientos e ideas que se fueron gestando a lo largo de mi participación en el *collective*, incluso desde mucho antes de que se convirtiera para mí en un interés investigativo. Teniendo en cuenta esto, la metodología que sirve de base para la construcción de los datos que pretendo exponer a continuación se caracteriza, ante todo, por su ambigüedad, de la que considero proviene su riqueza.

La forma que ha tomado la relación investigadora-objeto de estudio, ha pasado varias veces por los cuatro puntos que Guber (2001, 55-74) sitúa entre el involucramiento y la separación. He empezado como mera observadora, para pasar a convertirme en una “observadora participante”, luego en una “participante observadora” y también en una “participante plena”. Los tránsitos entre estas posiciones no son tan lineales ni tan continuos como los he hecho parecer; en realidad estos movimientos toman la forma de una espiral que se retroalimenta todo el tiempo y que se mueve mediante saltos aleatorios de un punto a otro, donde no han faltado los momentos de alejamiento de la práctica —que siempre termino retomando—.

He hecho uso de la técnica de observación participante, intentando romper la dicotomía entre la investigadora que observa y que para esto se sitúa fuera de la sociedad que estudia, y la que participa poniendo todo el énfasis en su experiencia misma. No pretendo captar la realidad como si esta fuera un objeto dado, ni partir de la idea de que esta es construida a través de mi percepción. Propongo un diálogo entre mi experiencia y las experiencias de otras personas que se han involucrado en la práctica, y con quienes he tenido la oportunidad de compartir. Los resultados que expongo hacen parte de una construcción colectiva, de la cual no me considero ni artífice ni testigo.

Como he venido mencionando, hice la observación participante de algunos de los talleres de Poliamor Bogotá a los que asistí durante el 2017; me soporto además sobre las relatorías de estos encuentros (<http://poliamorbogota.weebly.com/articulos>). A manera de caracterización, podría mencionar que el *colective* cuenta con un núcleo fijo, compuesto por talleristas e integrantes móviles, que asisten de manera más o menos regular a los encuentros (algunos asisten con más frecuencia que otros, también hay algunas personas que asisten solo una vez). Podría decirse, entonces, que sus miembros se distinguen por su fluidez, la cual se acentúa además por la acogida que reciben los talleres y con esta, el ascenso en el número de personas que asisten. A modo muy general podría decirse que, tanto el núcleo fijo como los integrantes móviles del *colective* pertenecen a una clase social media o media alta, que se hace evidente en su nivel educativo. Un gran porcentaje de estas personas se encuentran cursando diferentes carreras universitarias, por lo que sus edades oscilan entre 18 y 25 años, y en menor medida se encuentran

personas que realizan estudios de posgrado o que trabajan, quienes alcanzan edades de hasta 40 años aproximadamente.

Dado que me propongo analizar el poliamor en tanto práctica, parecería conveniente no limitarme a los encuentros que tuve con el *colective* y agregar a estos la vivencia de mi experiencia propia haciendo uso de la autoetnografía. Para esto, me recojo en los planteamientos de Chang (2008), quien afirma que la autoetnografía es etnográfica metodológicamente, cultural en el análisis y se basa en contenido autobiográfico. Haré uso de los registros de mi experiencia y mis cavilaciones sobre esta para analizar las experiencias que otros comparten en el *colective*; con ello no pretendo apropiarme de sus voces, sino más bien identificarme como parte de quienes experimentamos realidades compartidas y lograr así una visión más o menos amplia de las implicaciones de la práctica a nivel personal.

EL AMOR LIBRE Y RESPONSABLE

Poliamor Bogotá entiende el poliamor como la “filosofía y práctica de amar a varias personas simultáneamente de forma consensuada, ética, responsable, honesta y no-posesiva”. Este entendimiento como filosofía reconoce que no es necesario que existan siempre relaciones múltiples para que un individuo se identifique como poliamoroso, sino que se asume de manera general como una forma de comprender la vida. Quisiera detenerme un momento sobre este aspecto para postular que, en realidad, no es necesario hacer una división tajante entre la filosofía y la práctica si entendemos el poliamor como arte de vida, esto es, como una forma de posicionarse frente al mundo desde la forma en que nos relacionamos. Visto de esta manera, la práctica está soportada en una filosofía que, a su vez, se reafirma con la acción, aunque no necesita de esta para existir como creencia o convicción. Teniendo esto en cuenta, en adelante me referiré especialmente al poliamor como práctica, no porque considere inválido su carácter filosófico, sino porque lo considero implícito. Además, porque pretendo enfocarme en las transformaciones que puede acarrear para el individuo y sus relaciones con los otros y con el mundo cuando se asume más allá de la filosofía.

Una vez dicho esto, vale la pena aclarar el tipo de amor que pretende construir. Basada en las discusiones adelantadas en los talleres, me arriesgo a afirmar que dicho amor parte fundamentalmente de dos

elementos: (i) la deconstrucción del amor romántico y (ii) la ruptura entre amor y sexo. El primero, se propone replantear la concepción de amor en que se basa la monogamia, es decir, algo mágico, accidental, único y verdadero. El poliamor logra esto cuando rompe con el saber hegemónico sobre el amor romántico que dicta que el amor todo lo puede, que está predestinado, que requiere entrega total, posesión y exclusividad, que desencadena en el matrimonio como vínculo estable, que asume los celos como una forma de demostrar amor, que supone que la felicidad depende del otro, que se necesita de alguien más para sentirse completo, y que termina por justificar el maltrato porque “el amor lo soporta todo”. Dicha ruptura se da muchas veces cuando las personas no logran encajar sus experiencias en este discurso que se propone como verdadero, y deciden construir sus propios discursos basados en sus prácticas.

Muchos de quienes comparten sus experiencias en el *colective* reconocen que se acercaron a este porque llevaban este estilo de vida pero que no sabían que se llamaba poliamor. Entre algunos relatos destacan las experiencias de hombres que durante relaciones pasadas no habían conseguido ser fieles y no podían conciliar en sus cabezas la idea de querer de manera similar a varias personas; mujeres que decidieron abandonar relaciones tóxicas basadas en el control, los celos, las desigualdades de género, etc., y que buscaban un modelo relacional que les permitiera revertir esas lógicas; algunas personas que, a pesar de encontrarse en relaciones monógamas, eran invitadas por sus parejas o conocidos a cuestionar esa forma de relacionamiento; otros se acercaban por curiosidad, prestos a escuchar otro tipo de saberes derrotados sobre el amor.

En lo que tiene que ver conmigo, puedo decir que hago parte de quienes mezclamos un poco de tantas razones. Mi primer acercamiento al poliamor fue mediante las redes sociales, ya que alguno de mis contactos compartió la invitación a un taller y se me ocurrió que podría encontrar respuestas a ciertas preguntas que por ese entonces rondaban en mi cabeza. Me encontraba en una posición incómoda en una relación (que había intentado dejar varias veces) con un hombre que salía con alguien más. A su vez yo frecuentaba otras personas; creía que la lógica del amor estaba totalmente errada; consideraba un fracaso todos los matrimonios que conocía; empezaba a cuestionar mi orientación sexual; etc.

Estas pequeñas rupturas de la experiencia suelen servir de motivación para incursionar en el poliamor, al menos para darle una oportunidad. Es importante señalar que los cuestionamientos al discurso convencional sobre el amor no siempre tienen las mismas consecuencias para todo el mundo, pero lograron reunir a muchos de quienes hoy hacen parte del *collective*. Es posible, entonces, destacar que ello evidencia la relación entre saber-poder, a la que me referiré más adelante.

Con respecto al segundo elemento del cual parte el poliamor para definir el tipo de amor que busca, podría decirse que pretende establecer y reconocer vínculos más allá del amor sexo-afectivo, y con esto, la posibilidad de tener al mismo nivel jerárquico otras relaciones, bien sean de amistad, familiares, platónicas, etc. El modelo de relación no es sexo-céntrico, y entiende además la monogamia como deseo social y no como naturaleza humana. En este punto, vale la pena agregar que el poliamor defiende prácticas sexuales o eróticas no normativas, como el BDSM o los fetiches, e igualmente es un duro crítico de la heterosexualidad obligatoria, por lo que reivindica y da cabida a la diversidad en cuanto a orientaciones sexuales y sexualidades.

Entender el amor como algo que sobrepasa las relaciones sexo-afectivas; algo que se convierte para sus practicantes en un reto, ya que implica cuidar cada uno de los vínculos que se establecen con otras personas de la manera más responsable y consciente. Desde mi experiencia, podría decir que este fue uno de los aspectos más complejos, ya que ante este emerge la tensión entre el cuidado de sí y el cuidado de los otros, que desafortunadamente no es tan fácil de equiparar. Aunque algunos practicantes del poliamor afirman que cuidar a los otros es una manera de cuidarse a sí mismos, en la práctica muchas veces hay que decidir qué bienestar es el que prima o de qué manera pueden salvaguardarse los dos (o tres, o los que sean). El poliamor puede caer en una entrega tan total y desinteresada, en que cada decisión respecto a los otros se transforma en una práctica ascética (de la forma más cercana de amor al prójimo que predica el cristianismo), que muchas veces el individuo se hace difuso entre la colectividad. La reciprocidad o su ausencia determinan que esta pueda ser una experiencia placentera o un completo martirio.

Sin embargo, no todas las personas asumen el poliamor de manera tan radical, lo que no es en absoluto reprochable. Esta opción relacional supone que no se sitúa en una cúspide moral que dicta su superioridad

por encima de otras formas de relacionamiento ni propone la etiqueta de *poliamorose* de una manera prescriptiva. Todo lo contrario, se postula como otra alternativa de relacionamiento y se vale de la etiqueta únicamente como una herramienta y no como un deber ser. Como puede verse, el poliamor hace uso estratégico de la identidad sin pretender fijarla, dejando un abanico de posibilidades abiertas a la configuración de las relaciones interpersonales.

FEMINISMO, CUIDADO Y RESPONSABILIDAD AFECTIVA

Ya que he descrito las características del tipo de amor que buscan quienes practican el poliamor, quisiera detenerme brevemente en las relaciones entre saber y poder. Foucault entiende este último como el “modo en que ciertas acciones modifican a otras” (Foucault 1988, 11). En otras palabras, el poder opera no sobre los otros, sino sobre sus acciones. Así, la lógica del amor romántico monogámico que supone prácticas de control, dependencia e incluso violencias emocionales y de género se justifican por la “verdad sobre el amor”. Es evidente que dichas relaciones de poder necesitan de algún tipo de saber para soportarse (Foucault 1988). Igualmente, con la ruptura de ese discurso y la práctica del poliamor se reconfiguran las relaciones de poder y empiezan a enunciarse diferentes saberes. El feminismo logra fundamentar finalmente el poliamor. El tipo de feminismo que surge de estas relaciones está basado ante todo en un saber táctico y experiencial y el deseo de reivindicar la libertad de las mujeres tanto sexual como emocionalmente. Es un feminismo que además reconoce la diversidad sexual y de género, y lucha abiertamente contra el capitalismo y todo tipo de discriminaciones (raza, clase, género, capacidad, sexualidad, edad).

Entre los aportes más importantes del feminismo al poliamor se encuentran las ideas de cuidado y de responsabilidad emocional, asunto sobre el cual vale la pena revisar la página web del *collective* (Álvarez 2012; Arango y Molinier 2011; Pautassi 2007; Tronto 1987). Las tareas del cuidado han sido asuntos feminizados y desvalorizados que el feminismo ha reivindicado y que el poliamor propone en la forma de una ética del cuidado. Esto está estrechamente ligado con el concepto de responsabilidad emocional, que busca que la gestión de las emociones y los acuerdos se basen en el consenso y el diálogo sobre los sentimientos y emociones que suscita la práctica.

La comunicación se convierte en un factor fundamental, tanto consigo mismo como con los demás. Con respecto al sí mismo, el poliamor propone algunas prácticas de introspección, como la escritura, especialmente enfocadas a la gestión de emociones. Es común escuchar entre sus practicantes que llevan diarios o agendas donde apuntan las cosas que les molestan o les hacen sentir bien. Esta es una forma de identificar no solo la emoción, sino además de dónde proviene. A mí, por ejemplo, me sucede frecuentemente que me siento molesta, pero no logro saber qué o quién me hace sentirme así. La técnica que utilizo consiste en dedicarle tiempo suficiente a reflexionar sobre la secuencia de hechos que me rodean y lo que preferiría que hubiese sucedido de manera diferente. Como puede inferirse, estas técnicas conducen a cierto conocimiento de sí que en el poliamor es utilizado estratégicamente para fortalecer las relaciones.

En cuanto a la comunicación con los otros, el conocer las situaciones que causan molestia y los distintos límites que pueden negociar consigo mismos quienes practican el poliamor, sirve de insumo para acordar con quienes integran la red de afectos la forma que tomará cada una de las relaciones. Cuidar, en este contexto, significa escuchar al otro, ayudarlo a enfrentar diversas situaciones, evitarle sentimientos incómodos o ayudarlo a incomodarse. En una palabra, acompañar en el proceso.

De la mano de estos nuevos saberes, se configuran de otra manera las relaciones de poder. No hay que suponer que en el poliamor no existan dichas relaciones. Hay que reconocer, con Foucault, que siempre se está inmerso en ellas, pero que, además, el poder presupone la libertad (Foucault 1988). Las relaciones de poder dentro del poliamor muestran el uso de la libertad en un doble sentido. Libertad para revertir las relaciones de poder hegemónicas en las relaciones afectivas y libertad como un valor que intenta reivindicarse por sí mismo, el cual precisamente será el articulador de nuevas relaciones de poder, tendientes en cierto sentido a desarrollarse de manera más horizontal.

Sin embargo, bajo la idea de la libertad empiezan a configurarse nuevas lógicas y nuevos problemas, ya que es casi imposible lograr relaciones absolutamente horizontales. Por ejemplo, es común la idea de que cada quién es responsable de sus emociones y debe encargarse de hacer una gestión adecuada de estas, procurando no afectar ni manipular la libertad del otro. Esto incluye, además, una inclinación a la comunicación no

violenta, lo que finalmente se traduce en la invalidación de cualquier reacción impulsiva. Esta idea, aunque no parece negativa, se presta para culpar al otro de no controlar sus emociones y evadir la responsabilidad por el bienestar de las personas implicadas en la relación. Existen muchos relatos experienciales de quienes en nombre de la libertad soportan relaciones donde sus sentimientos y emociones son disminuidos o no se valoran lo suficiente por ser tachados de inadmisibles en el poliamor. Igualmente es frecuente que no se busque una solución, pues se supone que si se está en dicha relación es porque se decidió libremente hacerlo, con todo lo que esto implicaba, y que se es libre también de irse si no le gusta. Cuando esto sucede, usualmente los hombres son quienes ejercen el poder y ponen su libertad como pretexto para justificar ciertos abusos. Este es un problema que no es ignorado por quienes intentan construir colectivamente el poliamor. En este punto se suma nuevamente la apuesta por un amor feminista con el propósito de eliminar las jerarquías de género de las relaciones “poli”.

Otra forma en que empiezan a configurarse las relaciones de poder es en torno a cierto esencialismo del poliamor en que caen algunas personas. Los colectivos o espacios sociales que se comparten con otras personas poliamorosas pueden convertirse en una forma de presión social entre quienes llevan un “auténtico estilo de vida poli” y quienes parecen demasiado “normales” o no se atreven a cruzar ciertos límites. Así, algunas personas pueden llegar a asumir posiciones prescriptivas sobre la práctica, que desconocen la diversidad relacional que contempla el poliamor y, en contraste, buscan más bien que todos se acerquen a un solo modelo.

VIVIR EL POLIAMOR

Ahora bien, el poliamor no solo supone relaciones entre saber y poder, sino que además contiene líneas de subjetivación. La subjetivación se da con dos aspectos, el sujeto como sujeto de conocimiento y el sujeto como objeto de conocimiento (Deleuze 1989). La objetivación del sujeto no es algo novedoso en esta práctica; los sujetos se convierten en objetos de un saber fuertemente dominado por la psicología. Pero además de que el sujeto haga experiencia de sí mismo inmerso en este juego verdad, existe un saber sobre el yo con el que el sujeto se identifica. Y este saber es elaborado por sí mismo mediante el autoconocimiento.

El poliamor implica una serie de técnicas mediante las cuales se construye el sujeto poliamoroso. Estas técnicas se presentan como elecciones personales, pero modelan un modo de subjetivación que, en general, practican la mayoría de las personas que se identifican con el poliamor. Estas pueden ser divididas a grandes rasgos en dos grupos, aquellas que se refieren al cuidado de sí (i) y las que se refieren al cuidado de otros (ii).

En primer lugar, el cuidado de sí, entendido desde Foucault como el “modo en que la libertad personal se ha reflexionado como ética” (Foucault 1999, 396), implica un trabajo consciente sobre sí y también la politización de la relación consigo mismo. Este trabajo parte del autoconocimiento, de un hacerse consciente de las fuerzas que le atraviesan y definen como sujeto. En el poliamor este trabajo toma la forma de una práctica ascética, un ejercicio sobre sí mismo que implica cierta dificultad o sufrimiento, un desafío interior y un desafío del otro (Foucault 2006). Por ejemplo, quienes practican el poliamor intentan oponerse a sus propios privilegios (de raza, clase, sexo, sexualidad), una conquista de su mente respecto a las situaciones que les incomodan, establecer una relación sincera consigo mismos, y sobre todo lograr una gestión óptima de las emociones.

Respecto de ellas, lo más difícil parece ser controlar los celos. El poliamor supone dejar de lado este sentimiento para pasar a lo que denominan *compresión*, es decir, un alegrarse por la felicidad de la pareja al estar con otra persona, un *metamor*. Como ya he mencionado, tal gestión de las emociones usualmente se realiza mediante la escritura, identificando el sentimiento y la situación que lo produjo, las expectativas de la relación, etc., y tiene como fin evitar daños emocionales y actuar de acuerdo con cierta “fidelidad consigo mismo”.

Respecto al cuidado de los otros, el poliamor propone la creación de ciertos acuerdos, límites y reglas de las relaciones. Estos suponen respetar determinadas dinámicas que no funcionan de manera universal, por lo que varían de relación a relación. Además, en el poliamor se parte de que cada persona es diferente, por lo que es necesario conocer al otro y de acuerdo con esto practicar ciertos cuidados. En el taller sobre esta temática que realizó el *collective*, los “policuidados” fueron agrupados, a grandes rasgos, en cuidados de palabra, de acto, de regalo, de tiempo, de espacio y de contacto. De manera muy general, estos resaltan la importancia de

reconocer el tiempo, el espacio, las amistades, los compromisos, etc., de y con el otro, mediante acciones constantes que reafirmen que este es parte significativa de nuestras vidas.

A estos cuidados quisiera agregar uno que para mí es fundamental, y es el cuidado sobre los *metamores*. En las relaciones de poliamor, la transparencia y el consenso permiten que muchas veces se forjen relaciones complicadas con las otras parejas de la pareja, ya que hay lugar para comparaciones, reclamos de tiempo y atención, u otras situaciones. Aunque muchas de las personas con las que tuve la oportunidad de hablar en el *collective* manifestaron que nunca se han esforzado por conocer a esas personas, y que prefieren no saber muchos detalles sobre la relación de su amor con sus metamores, en mi experiencia ha sido muy importante gestar una buena relación. Lo anterior debido a que muchas veces, una puede llegar a convertirse en un obstáculo para que se cumplan los acuerdos entre las otras parejas. La conciencia sobre la existencia de las demás personas implicadas en la red de afectos es fundamental dentro del cuidado de los otros.

Mediante estas prácticas se construyen sujetos que se conocen y se hacen responsables tanto de sí mismo como de otros. En este sentido, el poliamor puede comprenderse como una ética y también como un arte de vida, que parte del amor como una posibilidad creadora, que no fija por completo una identidad prescriptiva. Estas líneas de subjetivación permiten a su vez nuevas líneas de creación. El poliamor no solo respeta todo tipo de orientación relacional, sino que, además, es posible establecer vínculos entre personas con distintos tipos de orientaciones, ya sea monogámica, *swinger*, “polifiel”, poliamor jerárquico, poliamor igualitario, anarquía relacional, poligamia, poliarquía, “solopoli”, entre otras.

Todas estas prácticas están ligadas a un juego de verdad que supone un sujeto soberano de sí mismo, capaz de conducirse racionalmente, la razón se convierte en el sujeto mismo. La responsabilidad que esto implica está basada además en la existencia de una consciencia absoluta de las líneas de fuerza que lo atraviesan, las relaciones de poder en las que está inscrito y el dominio absolutamente transparente de su libertad. Ante esto, creo que existen límites en la concepción de un sujeto de voluntad, la racionalización de las relaciones interpersonales y el ejercicio “consciente” de la libertad pueden estar inmersas en relaciones de poder mucho más complejas.

EL DOBLE JUEGO DE LA LIBERTAD

El poliamor produce, con todo esto, un tipo de amor que se considera político. Esto debido a que se opone a un sistema capitalista que favorece las relaciones heteropatriarcales de pareja, que establece dicha forma como la más sostenible, económicamente hablando, para vivir. Heterosexual y patriarcal porque una de las bases del sistema capitalista son los cuidados de las mujeres no remunerados y su dependencia económica, ya que a la mayor parte de las mujeres les resulta imposible poder vivir solas (brecha salarial, desigualdad en el trabajo). Por ello, al sistema capitalista le conviene seguir perpetuando los roles de género, las estructuras de poder y el amor romántico. A esto se le suma la posibilidad de que estas parejas tengan hijos, quienes se convertirán en mano de obra mientras se perpetúa también la maternidad.

Todo esto se cuestiona y se pone en peligro cuando se proponen modos distintos de relacionarse, como bien lo hace el poliamor. Sin embargo, muchas veces las prácticas de sí, que he mencionado anteriormente, se convierten en tácticas individualizadoras que crean abismos entre los sujetos y debilitan el carácter de la crítica social. A esto se suma la capacidad del Estado para reabsorber y capturar las contraconductas y hacerlas funcionales al ejercicio de su poder (Foucault 1999).

Una vez dicho esto, no sobra mencionar que nos encontramos ante un gobierno neoliberal. Gobierno en tanto supone la capacidad del Estado de guiar la posibilidad de conducta y ordenar los efectos. Podemos hablar de que el amor también se gubernamentalizó, es decir, pasó a hacer parte de los blancos de poder del Estado, algo que no es un fenómeno reciente, ya que el Estado controla las relaciones de poder de las relaciones sexo-afectivas monogámicas, o las usa como soporte, como lo mencionaba anteriormente. Lo novedoso es que el amor producto del poliamor, objeto de análisis en este ensayo, y que en el primer momento era contraconductual, empiece a hacer parte del juego neoliberal. Según Foucault, una de las características del neoliberalismo es la “inversión de las relaciones de lo social a lo económico” (Foucault 2007, 276). Puede entenderse el concepto de libertad como parte del capital humano con el cual el empresario de sí produce flujos de ingresos. Ese capital depende de qué tan “libre” se es; la libertad se constituye como una cualidad positiva en el nuevo mercado relacional, que conduce a la mercantilización de las relaciones afectivas. Este gobierno sobre los intereses que empiezan

a configurarse lejos de las lógicas tradicionales del amor romántico hace necesario que se problematice el concepto de libertad en el poliamor.

Para que el dispositivo del amor tenga efectos más contundentes sobre la sociedad que critica, es necesario conectar las luchas del sujeto y las de la sociedad. Caer en el individualismo hace que el poliamor se convierta en un instrumento de la política neoliberal que pretende destruir los lazos sociales y, por ende, la fuerza política de los movimientos sociales, todo en nombre de la libertad. Para que el poliamor logre su objetivo debe plantear el amor como una acción política, pero el amor comunitario, el amor colectivo, no el amor individual.

El poliamor es un estilo de vida que no tiene un modelo ideal, y aún están por verse sus alcances reales. Es evidente, pero no sobra decir que en este punto tenemos más preguntas que respuestas: ¿qué tan contraconductual es pensar la libertad personal? ¿Hasta qué punto se puede hacer uso de la etiqueta “poliamoroso” sin que llegue a convertirse en una limitación? ¿Cuál es el papel de los medios y redes sociales en la formación de redes de poliamor y cómo afectan su carácter político?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alabao, Nuria. 2017. “Amor y feminismo. Aprender a amar en el siglo XXI”. *Kaos en la red*, septiembre 8. <http://kaosenlared.net/amor-feminismo-aprender-amar-s-xxi/>
- Álvarez, Silvina. 2012. “La autonomía personal de las mujeres. Una aproximación a la autonomía relacional y la construcción de las opciones”. *Universidad de Palermo*. <http://www.palermo.edu/derecho/pdf/La-autonomia-de-las-mujeres.pdf>
- Arango, Luz Gabriela y Pascale Molinier, comps. 2011. *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.
- Chang, Heewon. 2008. “Autoethnography”. En *Autoethnography as Method*, 43-57. Walnut Creek, California: Left Coast Press, Inc.
- Deleuze, Gilles. 1989. *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós.
- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Foucault, Michel. 1988. “El sujeto y el poder”. *Revista Mexicana de Sociología* 50, 3: 3-20.

- Foucault, Michel. 1999. *Estética, ética y hermenéutica*. Obras esenciales, volumen 3. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel. 2006. “Clase del 1 de marzo de 1978”. En *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, 221-261. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 2007. “Clase del 22 de marzo de 1978”. En *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el College de France (1978-1979)*, 327-354. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pautassi, Laura. 2007. *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*. Chule: Cepal y Agencia Española de Cooperación Internacional. http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5809/S0700816_es.pdf;jsessionid=9B1FCE1BAB50A76E06385D497245668C?sequence=1
- Tronto, Joan. 1987. “Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado”. En *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. Traducido por el Programa de Democratización de las Relaciones Sociales, Escuela de Posgrado, Universidad Nacional de General San Martín, 1-17. [http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/cedehu/material/\(13\)%20Texto%20Joan%20Tronto.pdf](http://www.unsam.edu.ar/escuelas/humanidades/centros/cedehu/material/(13)%20Texto%20Joan%20Tronto.pdf)